

tengo ya que hacer en la Corte.... ¿A qué afanarse por los honores del mundo, cuando no tengo un heredero á quien dejarle mi nombre?

La señora de Llanoverde no podía oír estas palabras sin morderse los labios, y en cuanto se servía el último plato, se levantaba de la mesa, hacía una ligera cortesía llena de dignidad, y abandonaba el comedor, retirándose á sus habitaciones. Magdalena pedía permiso, y se retiraba con su pequeña Bernarda, que, cosida á su madre, salía volviendo la cabeza, como si aquellos señores fuesen para ella personajes incomprensibles. La gravedad de su tía le causaba miedo, la seriedad de su prima le infundía tristeza.

El señor de Llanoverde se quedaba solo en el comedor delante de la mesa, y entonces apelaba á la caja del rapé, y absorbiendo con delicia el polvo del tabaco, se reclinaba sobre el gran respaldo del sitial en que estaba sentado, y entre los horrores de la digestión se quedaba dormido.



## VII.

## LA MUERTE.

**A** sí transcurrieron tres años, sin que ningún suceso extraordinario alterara la paz de la casa. Bernarda crecía como crecen las flores en la Primavera, y poco á poco se fué acostumbrando á la gravedad de su tía y á la seriedad de su prima. En cuanto al señor de Llanoverde, le parecía algo más accesible, porque, aun cuando tenía también su alma en su almarío y cara de pocos amigos, solía alguna vez ponerle la mano sobre la cabeza, diciéndole:

—¡Hola, señorita! Se está V. haciendo una guapa moza.

Este halago le hacía sonreír; mas el señor de Llanoverde no veía en esa sonrisa más que la complacencia que toda mujer experimenta al oír decir que es hermosa, aunque no lo sea.

Un día Magdalena no acudió á la hora de co-

mer, y Bernarda se presentó en el comedor sola, y con las lágrimas en los ojos dijo que su madre se hallaba enferma.

—Bien (le contestó su tía). Siéntate y come.

Bernarda se sentó, bajando la cabeza ante el mandato de la señora, y el señor de Llanoverde añadió:

—Eso es, hija mía; siéntate y come: lo primero en este mundo es hacer por la vida.

Paladeó, como hombre perito en la materia, la primera cucharada de sopa, y siguió diciendo:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que tiene tu madre?

—Calentura, — contestó Bernarda.

—Calentura, ¿eh? ¡Bah!... Poca cosa; un ligero movimiento de la sangre.... ¡Ya se ve! No come; ¿qué le ha de suceder?... Esta necesidad de alimentarse es ineludible, y, no hay que darle vueltas, la dieta es la muerte. Me parece que se le debe servir una buena taza de esta sopa, que está exquisita y es muy capaz de resucitar á un muerto.

Su mujer hizo un gesto de desdén, y dijo:

—Goza de poca salud.

La niña Eugenia se dignó tomar la palabra, diciendo:

—Ayer estaba amarilla como un difunto: parece una muerta.

—Ahí tienes (le replicó su madre) las consecuencias de haber olvidado el lustre de su familia por una pasión insensata.... Los matrimonios

desiguales son siempre desgraciados. ¿Qué podía esperar de un hombre oscuro, sin nombre y sin fortuna? Ella lo ha querido: no tiene ni derecho á quejarse.

—Mi madre no se queja, — dijo Bernarda con los ojos cuajados de lágrimas.

—Sí (añadió su tía); no se queja, porque es demasiado orgullosa para quejarse. ¿Qué sería de ella si no hubiera encontrado un albergue en mi casa?

—Señora (advirtió su marido); me parece que estaría mejor decir en la casa de su hermana.

—No sé si es mi hermana (replicó con viveza la señora de Llanoverde). Alguna vez lo fué; hoy no es más que la infeliz viuda de....

—De un hombre.... (se apresuró á replicar su marido). Y aunque ese hombre fuese el hijo del verdugo, no por eso dejaría ella de ser tu hermana. No le des vueltas: ¿dejará de ser la hija de tus padres?....

Llanoverde se complacía en mortificar el orgullo de su mujer, porque de algún modo había de vengarse de la falta de un heredero que llevara hasta las más remotas edades, por línea recta de varón, la memoria de su estirpe.

Ella se irguió majestuosamente, y dirigiéndose á su hija, le dijo con acento severo:

—Los hombres suelen ser algo indulgentes con las debilidades de las mujeres, porque al fin

ellos son sus cómplices; pero yo te aseguro que si llegas á poner los ojos en uno que no sea digno del nombre que llevas, desde ese momento dejarás de ser mi hija.

La señorita de Llanoverde, que miraba atentamente á su madre, frunció las cejas y bajó los ojos.

Después de comer, Magdalena quiso ver á su hermana, y ésta, al saberlo, movió la cabeza con desagrado, vaciló un momento, y al fin dijo:

— Bien; ya voy.

Cuando entró en la habitación de Magdalena, se encontró sorprendida con la presencia del Padre José. El Padre José no era una persona desconocida en la casa. La fama de su santidad se extendía por toda la comarca, y era, además de venerable, venerado. Bajo el tosco sayal de estameña ocultaba un tesoro de virtudes, pertenecía á la Orden de Capuchinos, y era el Prior de un convento inmediato á la aldea.

— ¡Padre Prior! (exclamó la señora de Llanoverde.) ¡V. aquí!

— Aquí (contestó el anciano levantándose); porque esta visita no es á la señora de Llanoverde; es á su hermana.

— ¡Mi hermana!... Sí... parece que está algo enferma.

— Muy enferma, — añadió Magdalena con voz desfallecida.

— Y bien: ¿qué quieres? ¿Un médico, no es esto?

— No (le contestó). El médico es inútil... Voy á morir; voy á acabar de morir, porque la mujer había ya muerto; sólo vivía la madre.

— Es triste lo que dices.

— Muy triste; pero tú puedes alegrar los últimos instantes de mi vida.

— ¿Cómo? — preguntó.

— Oyeme (le dijo su hermana); pero acércate á mí esta última vez, porque voy á alejarme para siempre.

La señora de Llanoverde dió un paso majestuoso, apartó el sitial que había junto á la cabecera de la cama, y se sentó, diciendo:

— Vamos, habla.

Magdalena respiró con ansia para tomar aliento, y luego dijo:

— ¿Os he ofendido?... Dios lo sabe... Tú sola quedas de toda nuestra familia... Pues bien... perdóname.

Diciendo esto, quiso ponerse de rodillas sobre la cama; pero no pudo, y el Padre José acudió á sostenerla para que cumplierse aquel acto de solemne humildad.

— ¡Perdón!... (exclamó su hermana.) Bien... Pero ¿acaso tengo yo facultad para perdonar la ofensa hecha á toda la familia?

— Noble criatura (añadió el Padre José, hablando con Magdalena): tu hermana te perdona, y

creemos, hija mía, que Dios te ha perdonado... Tu espíritu es fuerte en la humildad, pero te faltan las fuerzas de la vida... Allá en el Tribunal Supremo de la Justicia Eterna no se reconocen más títulos que los de la virtud. Allí no llegan las vanidades del mundo.

Diciendo esto, colocó sobre las almohadas la cabeza moribunda de Magdalena.

La enferma cerró los ojos, como si quisiera registrar hasta la última interioridad de su alma, y abriéndolos después, miró enternecida á su hermana, y le dijo:

—Te debo tres años de vida; sin el asilo que he encontrado en tu casa, habría muerto hace tres años; y estos tres años de vida son para mi agradecimiento una eternidad, porque los he vivido para mi hija. ¡Ay, hermana mía! (añadió, juntando las manos en ademán suplicante): ¿qué va á ser de ella?

La hermana le contestó, diciendo:

—No se le negará en esta casa á la hija el asilo que se le ha concedido á la madre.

En aquel momento entró en la estancia el señor de Llanoverde, y acercándose á la moribunda, le cogió la mano, diciéndole:

—¡Ah, pobre Magdalena!... ¡Qué diablura! ¡Vas á morirte! ¡Qué se ha de hacer! Ese es el término de todas las cosas. En cuanto á tu hija, puedes morirte como si tal cosa. Pídele á Dios

que me conceda muchos años de vida... y la huérfana tendrá un padre mientras yo viva. Tu hermana tiene una hija... Bien: yo tendré otra.

La enferma besó la mano del señor de Llanoverde.

Enfrente de la cama se había improvisado un pequeño altar, sobre el que se levantaba un Crucifijo, alumbrado por la luz de dos velas. Á los pies del Crucifijo, cubierto con un paño de seda, se hallaba el copón que contenía las sagradas formas.

—Ahora, hija mía (dijo el Padre José) recoge tu espíritu para recibir en tu alma, purificada por el dolor y el arrepentimiento, al Rey de los reyes, Aquel á quien adoran los ángeles y ante cuya Majestad tiemblan las potestades.

Dicho esto, cruzó sobre su pecho la estola del sacerdote, y, tomando en sus manos el copón sagrado, se inclinó, diciendo:

—¡Hermanos, de rodillas!

Los señores de Llanoverde se arrodillaron.

Entonces se acercó á la enferma, trazó sobre el rostro moribundo el signo de la redención, y depositó en su boca el Pan de la divina gracia. Después se arrodilló á los pies de la cama, y reinó profundo silencio.

Bernarda apareció en el dintel de la puerta; miró con ojos desencajados el cuadro que se pre-

sentaba á su vista, y se lanzó á la cama, sollozando:

— ¡Madre!... ¡Madre mía!...

Magdalena pudo abrazarla, y estrechándola contra su corazón, exclamó con la voz de la muerte:

— ¡Hija de mi alma!...

— Tú te mueres (decía la huérfana), y yo también quiero morir contigo.... ¡Dios mío! ¡Mi madre tampoco me quiere! ¡Te vas, y me dejas sola en el mundo!

— ¡Sola!...—repetía Magdalena.

— Sí; ya no te veré más; ya no rezaremos juntas por el alma de mi padre.... Ya no me dormiré en tus brazos, ni me despertarán tus besos....

La enferma hizo un esfuerzo supremo, é incorporándose sobre la cama, cogió con las manos la cabeza de su hija, y la besó, diciendo:

— No, hija mía; la vida es corta, y pronto nos reuniremos donde no se muere nunca. Mira: hay un ángel que vela por los niños, que les guarda el sueño, que los acompaña y que los guía.... ¿No lo ves?... Mis ojos, que van á cerrarse para siempre, lo están viendo tender sobre tu cabeza sus alas celestiales; es el consuelo que Dios me envía en el último instante de mi vida....

No pudo más; volvió á besar á su hija, y cayó muerta. Una luz semejante á la de la aurora iluminó la estancia. Bernarda levantó los ojos al

cielo, y juntando las manos, cayó de rodillas, diciendo:

— Madre mía.... ¡El ángel! ¡Yo lo veo!....

Tiene tus ojos y me sonríe como tú me sonreías.

— ¿Está muerta?—preguntó la señora de Llano Verde con voz sombría.

El Padre José besó los pies de la difunta, y dijo con acento profético:

— Está en el cielo.





### VIII.

#### UN FANTASMA.



BERNARDA, en la época en que da principio este relato, se encontraba en el Abril de la juventud, en los diez y seis años de su vida. La naturaleza había recibido orden expresa del Autor de todas las cosas, y parecía complacerse en adornarla con todos los dones de la belleza. Poseía al mismo tiempo todo el atractivo de la mujer y todo el encanto de la niña; la infancia y la juventud se reunían en ella, dispuestas, al parecer, á no separarse nunca. Sus rizos, rubios como el oro, rodeaban su frente, formando alrededor de su cabeza una corona de luz, cuyos reflejos atraían y deslumbraban; resplandecía en sus ojos azules la claridad del cielo, y en la blancura de su rostro se reflejaba la pureza de su alma, y la bondad de su corazón en la dulzura de su sonrisa.

Las gentes de la comarca se quedaban absortas al verla, y no se cansaban de mirarla.

— ¡Tiene ángel! —decían.

Buscaban sus miradas como una esperanza, sus sonrisas como un consuelo, sus palabras como un tesoro. Al verla, saltaban los niños en los regazos de sus madres y tendían las manos para cogerla. Ella los tomaba en sus brazos, los suspendía sobre su cabeza, y los besaba.

— ¡Tiene ángel! (repetían por todas partes.)  
¡Tiene ángel!

Los niños, las mujeres y los hombres la seguían, impulsados por una atracción irresistible, y ella los conducía al cementerio, y allí, todos de rodillas, rezaban delante de la cruz que señalaba la sepultura de Magdalena.

Se necesitaba un nombre para designarla; un nombre que representara con toda viveza la impresión que causaba el verla, y en el lenguaje sencillo de aquellas gentes brotó uno, que fué repetido por todas las bocas.... La llamaban *Rayo de sol*. Rayo de sol, porque era la luz y la alegría de la comarca.

¡Extraño prodigio!.... Se veía sola en el mundo, y las gentes, ansiosas de contemplarla y de oírla, la seguían por todas partes. Nada poseía, y todos los corazones eran suyos.

Se hablaba á la sazón de un suceso, cuya noticia empezó á correr, dejando con la boca abierta

á todos los que lo oían. La cosa no era para tomarla á risa, y las mujeres se hacían cruces, los hombres arqueaban las cejas, y los niños se escondían atemorizados bajo las sayas de sus madres. Se había visto la noche antes un fantasma blanco, que llegaba con la cabeza á las nubes, dar vueltas alrededor de la casa de los señores de Llanoverde.

¿Quién lo había visto?

He ahí una cosa que no se sabía á punto cierto. Se citaban nombres de personas que, según se decía, aseguraban haberlo visto con sus propios ojos; pero resultaba después que esas personas no hacían más que repetir lo que otras les habían contado, y si en verdad no lo habían visto, á lo menos les parecía que lo estaban viendo.

Resultaba, pues, que nadie había llegado á verlo; mas no por eso dejaba de ser menos cierto el caso. El fantasma aparecía todas las noches alrededor de la casa de los señores de Llanoverde. ¿Quién podía dudarlo?... Porque, en fin, si no había en la aldea ojos mortales que le hubiesen visto, ¿de dónde pudo salir la voz que lo descubría?.....

— ¿Y quién sabe? (decía el más anciano de la comarca.) ¡Quién sabe! Esas almas en pena ó esos demonios del infierno, cuando se dejan ver de los hombres, lo hacen con su cuenta y razón.

¿Creéis vosotros que sean tan tontos que dejen á nadie por su bella cara decir: «yo lo he visto»? Ya saben ellos dónde les aprieta el zapato, y si alguno los ve, bien puede darse tres puntos en la boca.

Era, pues, indudable que el fantasma aparecía todas las noches. Y se citaba la hora: aparecía á las doce en punto. Más aún: se tenían todos los detalles necesarios para atestiguar la verdad del caso. Era una sombra blanca, que crecía y menguaba. Crecía hasta tocar con la cabeza en los aleros de los tejados, y menguaba hasta esconderse debajo de la tierra. Andaba sin pies y volaba sin alas. Aparecía de pronto, y desaparecía de repente.

El Escribano hablaba también del fantasma, y arqueaba mucho las cejas, y fruncía la boca, y ahuecaba la voz, y decía:

— Ello dirá... Ello dirá... Estas apariciones son siempre señales de cosas inesperadas... Y no hay que jugar con los fantasmas, porque suelen tener muy malas bromas. Lo mejor es dejarlos, que allá se las hayan. Después de todo, ellos no se meten con nadie si no los precisan, y lo menos que puede sucederle al curioso que quiera verlos, es cegar para toda su vida.

Cuando el Escribano se expresaba de esta manera, ciertos eran los toros. ¿Qué más testimonio necesitaba el caso?

Pero bien: no todos se conformaban con estos datos, y la picara curiosidad metió á dos de los más ternes de la aldea en el arriesgado paso de ir á buscar al fantasma y verlo con sus propios ojos.

— Bueno (les decía el Escribano). Sois hombres de pelo en pecho, y vais á hacer una diablura. Si os llevan los demonios, yo me lavo las manos. Sólo voy á daros un consejo: no llevéis armas, porque esos espíritus se enfurecen contra los que quieren tratarlos como si fuesen personas de carne y hueso. Además, podría costaros dos años de cadena en los presidios de S. M., porque está prohibido todo uso de armas. Lo primero os lo dice un amigo que sabe muy bien lo que son fantasmas; lo segundo os lo dice el Escribano.

Tentados estuvieron los dos héroes á renunciar á su empresa; pero la negra honrilla les había cogido la palabra, y ninguno de los dos quiso ser el primero en decir nones; y, quieras que no quieras, siguieron en sus trece.

Acordaron espiar al fantasma á la noche siguiente; pero el Escribano les dijo:

— Estáis dejados de la mano de Dios; mañana es martes, día aciago, día de todos los demonios.

La observación les hizo fuerza, y convinieron en dejarlo para el miércoles siguiente.

Á las once y media de la noche del día seña-



lado, los dos acudieron puntualmente á la cita, y en medio de la oscuridad y del silencio, paso entre paso, fueron acercándose á la casa de los señores de Llanoverde. Ninguno de los dos quería ser el primero, ni tampoco el último; de manera que marchaban á la par, partiendo heroicamente el peligro. Cualquier soplo de viento los detenía; la más ligera ráfaga de claridad los cegaba. Ambos tenían el corazón bien puesto, y eran muy capaces de jugarse la vida con el más pintado; pero tener que habérselas con un alma en pena, no les hacía mucha gracia. Iban, sí, porque no eran hombres que se volvían atrás fácilmente; pero, ¡ vamos!, no les llegaba la camisa al cuerpo.

Al fin descubrieron la gran sombra del edificio, más oscura que la noche, y allí hicieron alto; se hallaban á cien pasos de la casa, amparados al tronco de una encina. Desde allí podían ver el fantasma, sin que el fantasma los viese. El peligro que se acomete es siempre menor que el peligro que se espera. Cada minuto que transcurría hacía más pavorosa la aparición que aguardaban. Con los ojos desencajados sondeaban la oscuridad, y con los oídos atentos sondeaban el silencio. Una nube negra se extendió sobre la casa de los señores de Llanoverde, aumentando las tinieblas de la noche, y luego el reloj de la casa dió la primera campanada de las

doce, á la que, siguieron las restantes, resonando lentas, lúgubres, como un lamento doce veces repetido.

Era el momento terrible de la aparición, y los dos amigos se apretaron las manos, para infundirse el valor que empezaba á faltarles. Al sonar la última campanada de las doce vieron asomar una sombra blanca por el ángulo posterior de la casa, como si se hubiese desprendido del muro, y la respiración se detuvo en sus bocas entreabiertas, y la sangre se les heló en las venas.

El fantasma se deslizó por delante del edificio, como si no tocara con los pies en la tierra, y creciendo...., creciendo...., siempre creciendo, se dirigió hacia la encina en que los dos amigos estaban ocultos, inmóviles de terror y mudos de espanto.

La aparición se detuvo delante de ellos, y con una voz sorda, casi sin sonido, como si fuera el aire el que hablaba, pronunció sus nombres, diciéndoles:

— ¡Huid... huid! Los pies que me siguen se secan; los ojos que me ven ciegan. Esta es mi hora; huid, antes que mi presencia os aniquile....

Sin darse cuenta de ello, los dos héroes retrocedieron; creían que una fuerza invencible los empujaba, y que sus pies corrían movidos por resortes invisibles.

Al día siguiente, las gentes, atónitas, contemplaban sus semblantes todavía aterrados.... Aún sus lenguas balbuceaban, y aún se veía en sus miradas el extravío del espanto.

Nadie se atrevió á intentar otra prueba. Al toque de ánimas, ya estaba todo el mundo encerrado en su casa. Solamente el Escribano, el Médico y el Boticario se determinaban á ir á la casa solariega de los señores de Llanoverde, porque allí tenían establecida todas las noches la partida de tresillo; pero á las diez en punto se daba la última vuelta, y el Escribano se despedía, diciendo:

—Señores, vámonos, que se acerca la hora del fantasma, y no conviene que nos coja en la calle, porque al fin el susto nadie nos lo quitaría de encima.

El señor de Llanoverde se reía á carcajadas de la ocurrencia, mientras el Escribano, el Médico y el Boticario tomaban sus capas en la antesala.



## IX.

## EL HIJO Y EL PADRE.

**E**l Escribano.... ¡Buena pieza!.... Más listo que Cardona, veía crecer la hierba, y era muy capaz de contarle los pelos al diablo. ¡Creer él en fantasmas!.... ¡Bah!.... No había nacido para eso el hijo de su madre. Sí; facilillo era comulgarlo con ruedas de molino; porque cuando todo el mundo iba, ya estaba él de vuelta. No hay más que decir: cortaba un pelo en el aire.

Pero bien: entonces, ¿por qué se santiguaba siempre que oía hablar del fantasma? Pues, por burlarse de la credulidad de aquellos sencillos aldeanos.... Se santiguaba por fuera, y se reía por dentro. Después de todo, era hombre de buen humor, y con algo había de divertirse.

Esto pensaban el Médico y el Boticario, y hasta el mismo señor de Llanoverde; pero, vamos á cuentas: la realidad del fantasma era innegable. Dos testigos juraban haberle visto. ¿Los creía el Escribano? Dos valientes que se deciden á ver con sus propios ojos qué cara tiene un alma en pena, no vuelven nunca sin haberlo visto. No había manera de sacarlo de esa respuesta.

Entre tanto, el verdadero fantasma para el Escribano lo tenía dentro de su casa. Fantasma de carne y hueso, con veintiocho años á la cola, de los cuales había perdido seis en la Universidad de Alcalá; pero en cambio se había traído ciertas pretensiones personales y ciertos humos de hombre de mundo. Se le aparecía diariamente á las horas de comer. Después no volvía á echarle la vista encima.

Mil veces le había dicho:

—Caballero: mientras yo viva, vida y dulzura; pero en cuanto yo cierre el ojo, el hijo del Escribano se quedará tocando tabletas.... Amigo mío, V. no vive absolutamente para nada más que para pasear su persona, y gastar como un potentado... y ahí está el pobre viejo, que se descrisme. No pareces mi hijo.

Aquí hacía una pausa, esperando alguna respuesta; pero el hijo del Escribano seguía comiendo y callando.

—Vamos (continuaba diciendo): no eres mal

mozo, y ese es tu único patrimonio; yo no he podido dejarte otro. Pues bien; sepamos á qué atenernos. ¿Qué diablos piensas hacer de tu persona?

—¡Phs! —contestaba.

Un día, en que por centésima vez le repetía la misma pregunta, el muchacho miró á su padre con cierta superioridad, y le contestó, diciendo:

—Tengo una idea.

—¡Una idea! (exclamó el Escribano.) ¿Es posible que tú tengas semejante cosa?

—Más aún, —replicó.

—¿Más?...

—Sí.

—Habla.

—¡Oh!....

—¿Qué quiere decir ¡oh?!

—Quiere decir que tengo un proyecto.

—Veamos.

—Proyecto seguro.

—¿Sí?...

—Sí.

El padre y el hijo se quedaron mirando atentamente, y el primero se guiñó el ojo, diciendo:

—Á otro perro con ese hueso. Si vienes á tentarme el bolsillo, te equivocas: darás en piedra.

—Mi proyecto es oro, —añadió el estudiante.

—¡Oro! Sí; el dinero que tú ganes, que me lo claven á mí en la frente.

—Bueno; pero es el caso que tengo ganada la partida.

—¡Ganada la partida! (exclamó el padre, llevándose las manos á la cabeza.) ¡Infeliz.... juegas!.... ¿Y dónde?... ¿Dónde está esa casa de juego, que yo no la conozco?

—¿No?... Vamos.... V. también juega en ella....

Esta respuesta lo dejó pensativo. Después exclamó:

—¡Desventurado!.... ¡Te gustan los naipes!....

—Los naipes precisamente, no; pero me gustan las cartas.

—¡Sal de mi casa! (le gritó, señalándole la puerta.) ¡Ya no tienes padre!

Entonces el hijo cogió la capa de su padre que se hallaba sobre una silla; levantó la esclavina, y metiendo los dedos por un descosido abierto entre la tela y el forro, sacó un papel plegado en muchos dobleces, y dándole, le dijo:

—Ahí tiene V. las cartas con que yo juego.

Coger el papel, desdoblarlo y leerlo, fué cosa de abrir y cerrar los ojos.

—¡Soberbio! (exclamó al fin.) Es un golpe maestro. Ven, abrázame. Tú eres mi hijo; te reconozco. Era imposible que no tuvieras talento.

El estudiante estaba en sus glorias. Con los brazos cruzados y la cabeza erguida, paladeaba

su triunfo, y el mundo entero le parecía poco para celebrarlo.

—Tienes genio (le dijo su padre); pero no te envanezcas, porque esa era mi idea.... No has hecho más que adivinarme.... ¡Ah bribón!.... Yo estoy siendo el lleva y trae.... ¡Bravo! Bien podéis decir que os hago capa.

Desde aquel día, el bolsillo del padre estaba siempre abierto para el hijo. Marchaban de acuerdo; se entendían con media palabra, y se adivinaban con un gesto; y la capa iba todas las noches á la casa de los señores de Llanoverde y volvía á la casa del Escribano, como si tal cosa. Venía á ser la lanzadera que traía y llevaba los hilos de la trama que, á sorbo callado, urdían el padre y el hijo.

El proyecto del estudiante debía marchar viento en popa, porque el Escribano no cabía en sí de gozo. Á lo mejor se le escapaban palabras misteriosas que nadie entendía, pero que anunciaban la tarea interior de un pensamiento fijo.

—Corren malos tiempos (decía), y hay que pensar en todo. El que no busca, no encuentra.... Paciencia y barajar.... Aún hemos de ver cosas que nos dejen con la boca abierta....

Á sus solas era más explícito, y se restregaba las manos, diciendo:

—Cien mil reales como cien mil soles de renta líquida.... Tierras de labor, huertas, montes,

tres olivares, dos molinos, cinco casas, una dehesa.... ¡Buen caudal!.... Y así, de *bóbilis bóbilis*, de una mano á otra, como quien dice, á toca teja.... Eso sí; van á poner el grito en el cielo.... Y no es eso lo malo, sino que en los primeros momentos han de querer llevar las cosas al último extremo; pero aquí te quiero, escopeta.... No pueden.... esheredera forzosa.... Y en todo caso, tendremos.... pleito.... miel sobre hojuelas. Precisamente los pleitos son mi fuerte. ¿Quién nos tosería entonces?.... ¡Vamos á ser los dueños del contorno!

Así se explicaba el Escribano. Su hijo no se mordía tampoco la lengua, y hacía también sus castillos en el aire, anunciándose el porvenir más risueño del mundo. Las gentes de la aldea notaban en su porte alguna transformación. Siempre había sido tieso de colodrillo y algo fantasmón, sin que nadie supiese qué especie de asador se había tragado, porque, al fin, no era más que el hijo de un pobre Escribano, que, aunque trabajaba alguna cosa, nunca podía sacar los pies del plato. Con mil angustias lo había tenido seis años en Alcalá á qué quieres boca; pero el estudiante había vuelto como se fué, dejándose toda la ciencia en los libros, y los ahorros de su padre en picos pardos. ¿De dónde le venían aquellos humos?.... Pero no era esa la más negra, sino que cada día iba subiendo más de punto su

arrogancia. Saludaba por pura condescendencia, y á todo el mundo le hablaba de tú, como los reyes del entonces; miraba de alto á bajo, y escupía por el colmillo. Hablaba de la vida de la aldea con soberano desdén, y no se le caía la corte de la boca, y hasta á su mismo padre lo miraba por encima del hombro.

¿Qué pergaminos le habían caído por la chimenea para darse aquellos aires de gran señor?... He ahí lo que las gentes sencillas de la aldea no acertaban á explicarse.

Él, por su parte, echaba sus cuentas, y decía:

—Aquí nunca dejaré de ser el hijo del Escribano.... La sombra de mi padre me perseguirá siempre en esta miserable aldea. Con mis rentas podré vivir en la corte.... Y allí,oros son triunfos.... Mi padre ya está viejo.... ¡Ya se ve!: se dió demasiada prisa en nacer, y lo han cogido los años de medio á medio.... Me parece que no ha de hacer muchas Navidades.... Bien; lo dejaremos que pase aquí los últimos días de su vida.... Sus maneras no son distinguidas, y haría en la corte un papel desairado.

Y el padre y el hijo se encontraban, y guiñándose los ojos, se reían interiormente del Médico, del Boticario y del señor de Llanoverde á carcajada tendida.

